



ARTÍCULOS

**EL LIBERALISMO VISTO DESDE LA REVISTA DEL
ATENEO FRANQUISTA (1952-1955)**

Liberalism from the perspective of Francoist Ateneo's journal (1952-1955)

Carlos E. Segade Alonso

Universidad a Distancia de Madrid (UDIMA)

carlosemilio.segade@udima.es

Recibido: 26/02/2017 - Aceptado: 12/05/2017

Cómo citar este artículo/Citation:

Carlos E. SEGADÉ ALONSO (2018), "El liberalismo visto desde la revista del Ateneo franquista (1952-1955)", *Hispania Nova*, 16, págs. 1 a 40, DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2018.4037>

Copyright: © HISPANIA NOVA es una revista debidamente registrada, con ISSN 1138-7319 y Depósito Legal M 9472-1998. Los textos publicados en esta revista están —si no se indica lo contrario— bajo una licencia [Reconocimiento-Sin obras derivadas 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es) de Creative Commons. Puede copiarlos, distribuirlos y comunicarlos públicamente siempre que cite su autor y la revista y la institución que los publica y no haga con ellos obras derivadas. La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es>

Resumen: En 1952 sale a la luz la revista Ateneo como órgano de difusión cultural dependiente de la Dirección General de Información. Su misión era la de motivar la unidad intelectual de España, concitar la adhesión al régimen de los intelectuales y promocionar los valores de la monarquía católica leal a los principios del Movimiento. En consonancia con el pensamiento reaccionario tradicional, Ateneo criticó cualquier manifestación y herencia del pasado régimen parlamentario y liberal. Este artículo estudia cómo se materializaban esas críticas en servicio y exaltación de los valores políticos subyacentes bajo el franquismo.

Abstract: In 1952 the journal Ateneo is published for its first time. It will have a role as a medium to spread the official cultural values as part of the governmental Information Agency. They will have the mission to promote Spanish intellectual unity by encouraging intellectuals to support Franco's regime and promoting the values of a Catholic Monarchy loyal to the principles of the Movement. In tune with the traditional reactionary thought, Ateneo criticised any manifestation and inheritance of the past liberal and parliamentary regime. This paper analyses how this criticism was materialised and used to praise the underlying political values of Francoism.

Palabras clave: Ateneo, liberalismo, franquismo, nacional-catolicismo, revistas culturales.

Key words: Ateneo, liberalism, Francoism, national-Catholicism, cultural journals.

I. Introducción.

Es un lugar común y resulta evidente pensar que la prensa franquista no demostraba tener la más mínima simpatía por la democracia liberal ni por las instituciones que la hacen posible y menos aún por aquéllas que surgen de la voluntad de asociación libre de los ciudadanos como los partidos políticos o las asociaciones filosóficas o culturales.

La revista *Ateneo. Las ideas, el arte y las letras* fue el órgano de comunicación de todos los ateneos españoles dependiente de la Dirección General de Información del Ministerio de Información y Turismo del sexto gobierno de Franco. Fue simultáneamente un proyecto de propaganda intelectual del régimen franquista y un medio de difusión de un pensamiento nacido en el seno de una de sus «familias» políticas, la que giraba alrededor del catolicismo conservador en el seno del Opus Dei, que era el grupo que más competía por el control o, si se prefiere, por liderar la investigación científica y la producción cultural y académica de España¹.

A los efectos de este trabajo, entiendo por «liberalismo» no la reivindicación de un posicionamiento político partidista sino la caracterización de un régimen político y una organización social basados en las libertades individuales, un sistema burgués y antiaristocrático en el sentido clásico de la palabra, que permite la discrepancia y el diálogo políticos en un contexto de expresión de los derechos civiles cuyos principios básicos, con los matices que se quieran, estarían recogidos en la divisa: libertad, igualdad y fraternidad. Es, en definitiva, el liberalismo tanto exaltado como moderado que hizo posible el parlamentarismo y el constitucionalismo españoles del siglo XIX y el ordenamiento político republicano.

¹ Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Río Arriba. Memorias*, Barcelona, Planeta, 1995, pp. 120-123. Sobre esta misma idea: Jordi GRACIA, *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962*, Barcelona, Anagrama, 2006, pp. 159-162.

Como se verá a continuación, *Ateneo* no hizo matices ni distinciones, ni de corrientes ni de representantes, a la hora de denostar al liberalismo. Es, en sí mismo y sin concesiones, un mal, muy en la línea del pensamiento tradicionalista y reaccionario español en sintonía con la herencia de Cortés y Balmes².

Dentro del proyecto que supuso la publicación de *Ateneo*, a la vez religioso y político, el liberalismo, en el sentido explicado, no tenía cabida. Es más, como señala Santos Juliá³, «derrumbar» el liberalismo era parte de la misión del intelectual fascista en connivencia intelectual con el conservadurismo católico.

Sin embargo la revista *Ateneo*, por paradójico que pueda parecer, le dirige pocos ataques directos y frontales en su calidad de sistema ideológico, de creencia o de doctrina, o al menos no tan duros, intransigentes e insultantes como los dirigidos, por ejemplo, a alguno de los representantes individuales e intelectuales del librepensamiento español como Giner de los Ríos o Miguel de Unamuno, tema que por sí mismo sería objeto de un posible estudio.

Liberalismo y masonería fueron juntos en el imaginario del franquismo y del tradicionalismo, por eso ha sido inevitable encontrar referencias conjuntas. Pero mientras que el ataque al liberalismo fue, por lo general, asistemático, el ataque a la masonería no lo fue, sino todo lo contrario. En la primera etapa de la revista fue directo, constante y lineal.

Valga como ilustración de este recurso a la descalificación sistemática la campaña que comienza con un artículo sobre las logias masónicas españolas en París (agosto 1952) y al que seguirá, al mes siguiente, un esperpéntico artículo condenando el famoso «abrazo de Vergara» como obra de la masonería (en el número 18, 27 de septiembre de 1952)⁴. A su autor, el periodista y policía Eduardo Comín Colomer, le dan la oportunidad (a partir del nº 20, de 25 de octubre de 1952) de publicar una larga serie de artículos titulados genéricamente “Historia secreta de la Segunda República” que, presuntamente, revelaría la conspiración masónica para hacerse con el gobierno

² José Luis ABELLÁN, *Historia crítica del pensamiento español, La crisis contemporánea I (1875-1939)*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1993, pp. 487-571.

³ Santos JULIÁ, *Historias de las dos Españas*, Barcelona, Taurus, 2015, pp. 350-359.

⁴ Se citarán entre paréntesis los números de la Revista *Ateneo*, con mención de la fecha y el autor siempre que sea necesario.

de España, cuya raíz ha de encontrarse, eso sí, en la expansión del liberalismo del siglo anterior. Tal vez buscando la coincidencia, ese mismo número de la revista acoge una antología de textos del famoso libro “Masonería” de J. Boor, seudónimo de Francisco Franco.

Salvo estos intensos y sistemáticos ataques nacidos de la paranoia antimasónica que caracterizó al franquismo y algún artículo de fondo (por ejemplo “¿Qué es liberalismo?”, que se comenta en el epígrafe 4.6.1.) normalmente la estrategia de los editores, tal vez más inteligente, no fue la del ataque directo al “adversario” político liberal. En su lugar se prefirió la descalificación discontinua, indirecta, salteada y descontextualizada, incluso a veces un poco ingenua, como por ejemplo, la que aparece en un artículo sobre la restauración del monasterio de Poblet en el que al citar el estado de guerra de 1835 el redactor no duda en calificarlo de “guerras liberales”.

Estas referencias indirectas se contrapesaron con la exaltación del propio proyecto totalitario católico como el único viable y válido frente a la decadencia de todos los demás, una vez comprobado el “fracaso” de implantar una democracia liberal laica en suelo español y su terrible pero lógica consecuencia que, según *Ateneo*, no podía ser otra más que la guerra. No hay que olvidar que en su imaginario ideológico, el liberalismo, incluso en el Trienio Liberal, fue en España una “planta exótica” (Hans Juretschke⁵, nº 1 de febrero, 1952), algo propio de los extranjeros, que gozan de unos márgenes de libertad muy suyos, pero que no coinciden con los de los españoles (Jorge Vigón⁶, nº 1 de febrero de 1952). Los españoles, ingobernables como siempre, incluso llegaron al punto de desvirtuar el liberalismo, de tal modo que los liberales doceañistas se convirtieron en “burdos y violentos extremistas de izquierda” y no como los afrancesados, que eran “suaves y educados” (Federico Suárez⁷, nº 7 de abril, 1952).

⁵ Hans Juretschke fue Jefe de la sección de Información Extranjera de la revista *Arbor* (CSIC) hasta su destitución en 1953.

⁶ Jorge Vigón, militar monárquico, provenía del círculo intelectual de *Acción Española*. Fue nombrado ministro de Obras Públicas en 1957.

⁷ Federico Suárez, catedrático de Historia y sacerdote del Opus Dei, fue capellán de la Casa del Rey desde 1975.

Por todo esto, el proyecto intelectual auspiciado por el Ministerio de Información y Turismo va a esforzarse en desterrar de la sociedad española una ideología tan perniciosa para sus intereses.

El objetivo de este trabajo es ver cómo la revista *Ateneo* caracterizó las instituciones de la democracia liberal y el liberalismo durante sus años de existencia, el período que transcurre del año 1952 a 1955, y sus ochenta y cuatro números. La España en la que vio la luz esta publicación todavía era la etapa dura y represiva del franquismo, pero cronológicamente coincidió con un momento especialmente relevante, donde los acontecimientos de alcance histórico fueron el quicio sobre el que el régimen franquista pivotó hacia una apertura que pretendía ir dejando atrás, poco a poco y a pesar de muchos, sus rasgos más fascistas y totalitarios. Es en este contexto histórico y político donde hay que situar la línea editorial de la revista.

2. El contexto político de la España de la revista Ateneo.

En junio de 1952 el gobierno de Franco, que había sido constituido el 18 de julio del año anterior, pone fin a las cartillas de racionamiento. Esto supone un alivio para familias, empresas e instituciones; era una decisión que formaba parte de un paquete de medidas liberalizadoras que, a pesar de que en un primer momento encarecieron los precios, lograron el esperado despegue económico que se asentaría durante la década posterior. La situación económica de entonces no era muy halagüeña, lastrada todavía por una gran dependencia de la agricultura, un sector con un altísimo nivel de intervención estatal. Los aranceles, las restricciones al comercio exterior y demás políticas autárquicas puestas en marcha desde 1940 habían anquilosado la economía española⁸. El gobierno estaba dispuesto a modernizarla y a intentar beneficiarse de la recuperación que ya era un hecho en buena parte de la Europa occidental.

Poco a poco, los gobiernos de Franco comenzaron una estrategia de lavado de cara cuyo objetivo era congraciarse con Estados Unidos, la nueva potencia de posguerra, y con una Europa amenazada por el comunismo soviético mediante la apelación a un compromiso renovado pero inquebrantable con los valores europeos

⁸ Jordi NADAL, (ed.), *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1989, p. 265.

más tradicionales. Según Tusell⁹ en 1950 incluso el almirante Carrero Blanco creía ya que la situación de aislamiento de España debía ser superada. Sin embargo la tarea de la reintegración en Europa y en Occidente no iba a ser fácil con un número considerable de ministros del gobierno que todavía pertenecían a la línea dura del primer franquismo, como por ejemplo, Muñoz Grandes (Ejército), Salvador Moreno (Marina), Martín-Artajo (Exteriores), J. A. Girón (Trabajo), Fernández-Cuesta (secretario general del Movimiento) o Gabriel Arias-Salgado, titular del recién creado Ministerio de Información y Turismo, además del propio Carrero, que había formado parte activa en la designación de los nuevos ministros durante la crisis de gobierno¹⁰. Por otro lado la composición del gobierno se compensaba tímidamente con otros miembros de perfiles menos ideológicos como Rafael Cavestany (técnico y artífice de la tan necesitada reforma del sector agrícola) o Joaquín Ruiz-Giménez, más moderado, presidente de la internacional de estudiantes católicos *Pax Romana* y nuevo titular de Educación. A propósito de este último, dice Fraga Iribarne en sus memorias¹¹ que había sido capaz de crear un equipo reformista con la sincera intención de cambiar las cosas.

Pero el perfil mayoritario del gobierno seguía siendo autoritario y políticamente reaccionario a pesar de los esfuerzos del almirante Carrero por desactivar a algunos representantes del falangismo más aislacionista. Aparte del general Franco como Presidente, el Consejo lo formaban cuatro militares más. Además de los dos ministros ya citados y el propio Carrero como vicepresidente, estaban el general González-Gallarza como ministro del Aire y el ministro de Industria, Joaquín Planell, ex militar y antiguo presidente del INI.

Si bien la recuperación económica era un objetivo interno primordial, no era menos importante la acción exterior. Aunque España mantenía lazos estrechos y de gran simpatía con algunas naciones que sostenían regímenes autoritarios, como la vecina Portugal o la Argentina de Perón y otros países iberoamericanos, la clave seguía estando en Europa y en los Estados Unidos.

⁹ Javier TUSELL, *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1994, p. 193.

¹⁰ Javier TUSELL, *Carrero. La eminencia gris...*, op. cit., pp. 193-205.

¹¹ Manuel FRAGA IRIBARNE, *Memoria breve de una vida pública*, Barcelona, Planeta, 1980, p. 26.

En 1953, la diplomacia española consigue marcarse dos tantos importantes, la firma del nuevo Concordato con la Santa Sede y el acuerdo de cooperación con los Estados Unidos, en virtud del cual se cedía territorio para la construcción de bases militares americanas en la península. Con este acuerdo España se beneficiaba también de contrapartidas en material militar e inversión económica¹² que supondrían un espaldarazo al régimen franquista por parte de unos Estados Unidos cada vez más preocupados por las consecuencias de la guerra de Corea y el avance del comunismo¹³. La buena relación con los Estados Unidos sería en buena parte responsable de la aceptación de España en la ONU en diciembre de 1955, hecho que además abriría la puerta para que antes de que acabara la década el siguiente gobierno tecnocrático lograra también el ingreso en la OCDE y el FMI¹⁴.

El Concordato fue el espaldarazo moral y de legitimidad que estaba buscando el Régimen para acallar las críticas y el clima de protesta de muchos católicos dentro y fuera de España¹⁵ (Enrique y Tarancón 1996:149-152) que no dejaban de mostrar su público descontento por la situación de privilegio abusivo que disfrutaba en España una Iglesia de marcado signo tradicional. Aunque el objetivo político se consiguió, a largo plazo la manipulación del Estado franquista de los acuerdos del Concordato y la resistencia al aperturismo eclesial traerían a ambas partes más problemas de los que el acuerdo pretendía solucionar, provocando las conocidas tensiones entre la jerarquía eclesial y el Estado durante y tras el Concilio Vaticano II.

En definitiva, los grandes temas de esa década fueron 1) la liberalización de la economía; 2) la integración en Europa y en las entidades supranacionales; 3) la conciliación con la jerarquía eclesial de Roma; 4) la tímida apertura interna preconizada por Ruiz-Giménez. Estos ejes provocarán tensiones ideológicas internas que dejarán su huella en la prensa escrita y que estallarían en la crisis política desencadenada a partir de 1956¹⁶.

¹² José María de AREILZA, *Memorias exteriores 1947-1964*, Barcelona, Planeta, 1984, pp. 83-84.

¹³ José María de AREILZA, *Memorias ...*, *op. cit.*, p. 89.

¹⁴ José María de AREILZA, *Memorias ...*, *op. cit.*, p. 115.

¹⁵ Vicente ENRIQUE Y TARANCÓN, *Confesiones*, Madrid, PPC, 1996, pp. 149-152.

¹⁶ Javier MUÑOZ SORO, "Después de la tormenta. Acción política y cultural de los intelectuales católicos entre 1956 y 1962", *Historia y Política*, nº 28, julio-diciembre, 2012, pp. 83-108.

3. La revista Ateneo y sus líneas editoriales.

Tras haber sido incautado tras la guerra civil y administrado temporalmente por Falange, el Ateneo de Madrid, en virtud de un decreto de 1946, comenzó a depender de la Dirección General de Propaganda¹⁷. El Ateneo, entonces, pasó a tener un Consejo Rector presidido por el Director General de Propaganda. Tras ciertas vicisitudes, en 1952 el Ateneo se integró en la Dirección General de Información del recién creado Ministerio de Información y Turismo, cuyo titular sería al mismo tiempo director del Ateneo. Esta fue la época en que lo dirigió Florentino Pérez Embid, historiador y miembro del Opus Dei, igual que su predecesor en el cargo, Pedro Rocamora. A Pérez Embid se le debe la fundación de la revista¹⁸ que, sin embargo, no fue casual ni respondió solo a un interés meramente cultural. Las tensiones dentro del régimen, alimentadas por los distintos grupos de poder que competían por sus respectivos modelos de Estado, se manifestaban también en las publicaciones que sostenían cada uno de ellos. Citaré algunas de las más relevantes sin ánimo de ser exhaustivo.

El SEU disponía entonces de *Alcalá*, fundada un mes antes, en enero de 1952, como heredera inmediata de *La Hora* y, remotamente, de la revista *Escorial*, que Dionisio Ridruejo y Laín Entralgo habían fundado y dirigido en 1940. *Alcalá* defendió hasta su desaparición en 1955 un falangismo católico distanciado del tradicionalismo opusdeísta, apostando por una dialéctica entre el pensamiento de Ortega y de Zubiri.

Dionisio Ridruejo, por su parte y ya en plena evolución ideológica, recobra un papel protagonista en la vida intelectual a través del semanario *Revista*¹⁹, que pretendía servir de contrapunto al tradicionalismo católico y dar voz al reformismo y a la disidencia²⁰. El mismo Ridruejo, en una carta que le dirige a su amigo Ángel Álvarez de Miranda, mostraba su desazón y tomaba distancia crítica del tono reaccionario con

¹⁷ Raquel SÁNCHEZ GARCÍA, "El Ateneo de Madrid: plataforma ideológica del franquismo (1939-1963)", *Revista de Historia Contemporánea*, 29 (2005), pp. 871-894.

¹⁸ Jordi GRACIA, *Estado y cultura...*, *op.cit.*, p.161.

¹⁹ Para una visión general de la repercusión e importancia del semanario *Revista*, véase Jordi GRACIA, *Estado y cultura...*, *op.cit.* pp. 141-159.

²⁰ Para una contextualización de la relación de *Revista* y los intelectuales que formarían la posterior disidencia, véase Jordi AMAT, *La primavera de Munich. Esperanza y fracaso de una transición democrática*, Barcelona, Tusquets, 2016, 126-130.

el que había nacido *Ateneo* y a propósito del artículo de Jorge Vigón “Defensa del Occidente”²¹ que aparecía en ese primer número. Esta circunstancia, sin embargo, no le impidió colaborar esporádicamente con algún artículo de crítica literaria.

Por su parte, también en Barcelona se fundan otras dos revistas que determinarán una parte de la vida intelectual española. Desde el falangismo estudiantil nace la revista *Laye* (1950-1953) de vital relevancia para entender los orígenes de la evolución ideológica del falangismo, y cuyo objetivo era la formación intelectual de los jóvenes estudiantes, pero que no pudo resistir las presiones gubernamentales y del Opus Dei para lograr su cierre²². Por otro lado, el periodista Lorenzo Gomis funda *El Ciervo* en 1951, una revista católica, que representa al aperturismo eclesial y que se sitúa más próxima al personalismo de Mounier y de *Esprit* que al integrista opusdeísta²³, aunque Gomis aparezca al menos en 1955 como jefe de redacción de *Ateneo* en Barcelona.

Por aquel entonces, el Opus Dei controlaba el CSIC y su revista *Arbor*, además de la editorial Rialp²⁴ pero, como se ve, rivalizaba con otros grupos de poder que ya ejercían su influencia en los círculos intelectuales y que se expresaban a través de distintas publicaciones periódicas. El vacío dejado en la vida política e intelectual por *Acción Española*²⁵, la revista del pensamiento tradicionalista, autoritario, católico y monárquico, aún no había sido cubierto y *Ateneo* bien puede considerarse como un intento de continuar esa línea ideológica²⁶ de la que, al año siguiente de su desaparición, intentaría recoger el testigo Vicente Marrero desde la revista *Punta Europa*²⁷.

²¹ El Prof. Pedro Álvarez de Miranda dio a conocer el contenido inédito de la carta de Ridruejo a sus padres, Consuelo de la Gándara y Ángel Álvarez de Miranda, fechada en febrero de 1952, en el marco del Congreso “*Epistolarios, memorias y diarios en la cultura española del medio siglo. Historia e intimidad*”, celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UAM, del 25 al 27 de octubre de 2016.

²² Juan PECOURT, *Los intelectuales y la transición política: un estudio del campo de las revistas políticas en España*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2008, pp. 96-99.

²³ Jordi GRACIA, *Estado y cultura...*, *op.cit.*, p. 163-171.

²⁴ Es muy frecuente que en los números de *Ateneo* se dé publicidad tanto a *Arbor* como a Rialp.

²⁵ Para un estudio exhaustivo de la revista, véase Pedro C. GONZÁLEZ CUEVAS, *Acción española: teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998.

²⁶ Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, “La derecha tecnocrática”, *Historia y Política*, nº 18, julio-diciembre, 2007, pp. 23-48.

²⁷ Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, “Punta Europa y Atlántida: dos respuestas a la crisis de la teología política (1956-1970)”, *Historia y Política*, nº 28, julio-diciembre, 2012, pp. 109-138.

Es en este contexto en el que Pérez Embid va a hacer desembarcar su proyecto, abriendo paso a una vía tradicionalista y monárquica entre el falangismo que no cejaba en su esperanza de llevar a cabo la revolución y un catolicismo aperturista dispuesto a transigir en cuestiones de modelo de Estado.

Ateneo. Las ideas, el arte y las letras fue ante todo un órgano de difusión cultural al servicio de la idea de “unidad intelectual”, en sí misma un oxímoron, pero muy en la línea que ya habían marcado, por ejemplo, Laín Entralgo en sus escritos de la posguerra o Alfonso García Valdecasas desde el Instituto de Estudios Políticos²⁸. Como una auténtica declaración de intenciones, el primer editorial del nº 1 (2 de febrero de 1952) se abre con la siguiente afirmación: «La vida intelectual española es una lucha por la conquista de la unidad». El diagnóstico que motiva la misión que se impone dentro del período histórico que quiere protagonizar se resume de esta manera: «la sociedad española estuvo espiritual e intelectualmente enferma [el turno de partidos parlamentarios y la República], fué (*sic*) sometida a una operación quirúrgica [la guerra], y ahora avanza hacia la salud [el régimen de Franco]». Siguiendo con la metáfora, la revista se ve como uno de estos remedios que intenta recuperar la salud y la higiene intelectual perdidas.

Los medios para cumplir esta misión pasarán por el acercamiento a todas las expresiones de la realidad cultural, incluyendo un repaso a la actualidad internacional, con comentarios y colaboraciones frecuentes que incidirán en el modelo social que se defiende, o sea, una monarquía católica sin garantías constitucionales, que vive de la tradición (pero que no se define tradicionalista en el sentido carlista) proyectada para vivir en un tiempo nuevo cuya legitimidad derivaría del 18 de julio^{29/30}. Aparte del propio Florentino Pérez Embid, otro miembro del Opus Dei, Rafael Calvo Serer, sería el encargado de fijar las bases ideológicas de su régimen alternativo a través de sus colaboraciones periódicas.

²⁸ Santos JULIÁ, *Historia...*, *op.cit.*, pp. 351-352.

²⁹ En Raquel SÁNCHEZ GARCÍA, *op.cit.*, se pueden consultar más detalles sobre los principios ideológicos del monarquismo autoritario en el contexto de *Ateneo*.

³⁰ Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX*, Madrid, Tecnos, 2016, pp. 169-181 y pp. 187-191.

Estas bases tienen su origen remoto en el pensamiento conservador y reaccionario del siglo XIX y principios del XX. Las tres ideas fuerza de este pensamiento se pueden resumir de la siguiente forma³¹:

1) Se entiende el catolicismo como “factor socializador” que explica la unidad de España y por extensión la de Europa. Conlleva una defensa a ultranza de las instituciones y de la presencia de la Iglesia católica en la vida pública mientras la exige en la esfera privada.

2) Defensa de la monarquía. Es en el monarca donde reside la auténtica soberanía y en él converge la unidad de lo español.

3) La política tiene un carácter “misional y apologético”.

La doctrina del monarquismo católico de Calvo Serer y de *Ateneo* coincide plenamente con esta descripción.

En el momento de su lanzamiento *Ateneo* irrumpe como una propuesta ideológica alternativa entre el falangismo más beligerante y el catolicismo de Ruiz-Giménez, a quien Calvo, en septiembre de 1953, en su conocido artículo de *Écrits de Paris*, acusó de “desviacionismo” y tolerancia con las tendencias republicanizantes³², lo que le valió su destitución de la revista *Arbor*, a él y a un número relevante de colaboradores, algunos de los cuales también escribían para *Ateneo*³³.

Con el tiempo, es sabido que Calvo Serer evolucionó hacia posiciones más abiertamente liberales o “izquierdistas” y formó parte activa de la oposición interna al franquismo. Pérez Embid, por el contrario, se mantuvo en sincera colaboración con el régimen, aceptando cargos de gestión, como la dirección general de Bellas Artes o la Universidad Menéndez Pelayo, lo que no impidió tampoco que en la década posterior, en 1963, se lanzara a otro proyecto editorial, la revista *Atlántida*, donde aún dentro de su conservadurismo lograba distanciarse del más puro integrista defendido por Marrero, en una línea que calificó de «catolicismo universalista»³⁴.

³¹ Ignasi ROVIRÓ, “El pensamiento conservador en la España del siglo XIX: Jaime Balmes y Donoso Cortés”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, nº 16 (2011): 145-162.

³² Javier MUÑOZ SORO, “Después de la tormenta...”, *op. cit.*, p.93.

³³ Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ, *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008, pp. 485-528.

³⁴ Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, “Punta Europa y Atlántida...”, *op.cit.*, pp. 127-128.

Aunque en *Ateneo* el catolicismo tiene un peso fundamental, sobre todo teniendo en cuenta la filiación opusdeísta de muchos, aunque no de todos sus colaboradores, sus páginas tratan una amplia variedad de temas, sobre todo aquellos que acercan a la realidad internacional o a la cuestión económica y de desarrollo de España, que con el tiempo disminuiría notablemente.

De estos primeros años, además de Calvo Serer, aparecen recurrentemente Gonzalo Fernández de la Mora³⁵ (de quien Fraga decía³⁶ que en esos momentos todavía no era franquista), Jorge Vigón, José María Pemán, Federico Suárez, Miguel Fisac, Antonio Fontán, Vicente Rodríguez Casado, Antonio Millán Puelles, J. García Martí, Mariano Daranas, etc. Todos ellos o son miembros del Opus Dei o mantienen posiciones cercanas a sus presupuestos ideológicos, incluido el monarquismo católico. Sin embargo, a pesar de la variedad de nombres, no existe un equipo fijo de colaboradores mientras está al frente Pérez Embid, con la excepción de Vigón, Fernández de la Mora y Calvo Serer, y por poco tiempo .

La línea editorial cambia su enfoque, pero no sus principios ideológicos, a raíz del nombramiento como director de Luis Ponce de León en diciembre de 1953 (a partir del nº 47), quien va dejando su impronta paulatinamente a lo largo de los números siguientes. Aunque Florentino Pérez Embid se mantiene como presidente del consejo editorial, Ponce de León le imprime un estilo diferente a la publicación. Por eso se puede hablar de dos épocas de la revista, una que va desde su fundación en febrero de 1952 hasta diciembre de 1953 y una segunda desde enero de 1954 hasta su desaparición en octubre de 1955.

En esta segunda etapa formaron el consejo de redacción Faustino Sánchez-Marín como subdirector, José Javier Aleixandre como redactor-jefe, José Carlos Pérez Junquera como secretario de redacción y Pilar Narvión, José María Jove, Luis Castillo, Rafael Morales como redactores, además de Esteban Morán Torres como jefe de ilustración y Francisco Velasco como dibujante. El administrador fue Jesús de Polanco y el secretario de administración era Emilio López Morillas. Además contaba entonces

³⁵ Es muy relevante el papel de Fernández de la Mora en la difusión del monarquismo. A efectos de su contextualización en esta época resulta imprescindible: Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *Conservadurismo heterodoxo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, pp.143-159.

³⁶ Manuel FRAGA IRIBARNE, *Memoria breve...*, *op. cit.*, p. 31.

con delegaciones en Buenos Aires, Stuttgart y París. Es significativo que solo en esta segunda etapa se reserva sistemáticamente una mancheta para los componentes de la redacción, antes solo reservada para la cabecera y la sede social en la calle Prado 21, sede también del *Ateneo*.

Ponce mantiene los dos números mensuales, que salen en cada inicio de quincena, salvo algún caso excepcional o de números especiales, y además se propone un cambio de imagen que afecta al diseño de la portada, a las secciones y al formato general. En la primera época predominaron las fotografías y la abundancia de texto con tipos pequeños, mientras que en la segunda se recurrió a la ilustración, habitualmente en la portada, y a las fotografías, y se procuró aligerar los textos, a pesar de que se mantuvo una cantidad significativa de artículos de fondo escritos por colaboradores, que se combinaban con breves artículos de redacción o secciones críticas fijas.

Inicialmente salió con un formato de semanario de veinticuatro páginas hasta el número treinta y tres, que pasó a incorporar cuatro páginas más. Algún número especial contendría cuarenta y ocho e incluso cien páginas, agrupando varios números en uno. Durante toda su existencia su precio fue de cinco pesetas salvo los números especiales, con posibles suscripciones trimestrales, semestrales y anuales, lo que hace pensar en un precio subvencionado por el Ministerio del que dependía.

A este cambio de imagen se le va a añadir una estrategia sorprendente y privilegiada: un espacio radiofónico. Al menos en 1955, la revista anunciaba el programa “Ondas de Ateneo” en el tercer programa de Radio Nacional los días 1 y 15 de cada mes, coincidiendo con la salida de la edición de papel³⁷. El presentador del programa era el colaborador de la revista, poeta y dramaturgo falangista Juan Emilio Aragonés³⁸. Es plausible pensar que el hecho de depender del Ministerio de Información y Turismo le abriera una puerta vedada al resto de publicaciones.

³⁷ La duración del programa o el tiempo que estuvo en antena no ha podido ser corroborado por los servicios de documentación de RTVE.

³⁸ Jordi GRACIA, “*Estado y cultura*”... *op. cit.*, contiene numerosas referencias al papel de Aragonés en la vida intelectual de esta etapa, especialmente en su relación con el semanario *Revista*. Se puede consultar el índice onomástico a tal efecto.

Pero sobre todo Ponce va a cambiar a los colaboradores y a modificar ligeramente la línea editorial, antes más preocupada por los temas de actualidad religiosa, política (sobre todo internacional en línea con la estrategia del gobierno) y cultural de manera equilibrada, para derivar hacia un abierto propagandismo católico cuyo objetivo sería la difusión de una doctrina muy conservadora (con duras críticas al catolicismo reformador europeo, especialmente francés) por medio de largos artículos de fondo y contenido puramente doctrinal o pseudofilosófico, dando cancha a debates tan artificiales como los dedicados a analizar la diferencia entre “preteristas” y católicos contemporáneos, o entre católicos comprometidos y “catolicistas”, a los que Manuel Lizcano³⁹, colaborador asiduo en el año 1954, dedica un número notable de colaboraciones.

En esta etapa prácticamente desaparecen de la revista, por poner algunos ejemplos, Jorge Vigón y el policía Comín Colomer, y otro asiduo de la etapa editorial anterior, Gonzalo Fernández de la Mora, pasará a colaborar solo esporádicamente, coincidiendo con la incorporación de este como editorialista de *ABC* a partir de septiembre de 1952⁴⁰.

Esta diferenciación no significa que las líneas editoriales sean antagónicas, ni mucho menos, sino que simplemente abundan más unos matices que otros. En común tienen la defensa a ultranza de un catolicismo conservador, a menudo integrista, el monarquismo católico, la crítica de los partidos de la Restauración, considerada como una inútil monarquía parlamentaria liberal, la exaltación de la unidad y su intento de redefinición del concepto de Europa. Por esto último el Ateneo de Madrid invitaría a dictar conferencias a intelectuales europeos como Schmitt, Pieper, Dempf o Dawson⁴¹, partidarios de una Europa asentada sobre valores tradicionales en cuya cúspide siempre se encontraría la impronta cristiana. Posteriormente también colaborarían esporádicamente en las páginas de la revista y se verían publicados en la editorial Rialp.

³⁹ Manuel Lizcano, sociólogo y filósofo, desde un catolicismo conservador evolucionó a posiciones más libertarias y sindicalistas en la década posterior y en el tardofranquismo.

⁴⁰ Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Río Arriba...*, op. cit., p. 114.

⁴¹ Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Río Arriba...*, op.cit., p. 122.

4. El liberalismo visto por la revista Ateneo.

Para realizar este trabajo se dispuso de todas las copias de la revista, archivadas digitalmente en la hemeroteca virtual y pública de la página web del actual Ateneo de Madrid. Se buscaron todos los artículos en que se hiciera referencia a las voces “liberal” y “liberalismo”. Tras comprobarlas todas, se descartaron las citas que hacían referencia a la acepción del adjetivo “liberal” en su acepción de generoso o tolerante, aplicable a personas pero sin valor político alguno, las citas redundantes, y aquellas que hacían referencia a la “monarquía liberal” o al “siglo liberal” para referirse a la Institución o como sinónimo retórico del siglo XIX, pero que también carecían de significado político, sino que tenían un carácter meramente referencial.

De este primer proceso de filtrado se apartaron también las referencias al catolicismo liberal, ya que este término no forzosamente hace referencia al sistema político, sino que en el universo religioso tiene otras connotaciones de tipo teológico que no son las que aquí interesan en este momento. Sin embargo, sería muy interesante estudiar los ataques, feroces a veces, que se hicieron desde la revista a los representantes de un catolicismo más aperturista, especialmente centroeuropeo y que ideológicamente podría estar más conectado con otras «familias rivales» del régimen franquista.

A las citas resultantes se añadieron cuatro artículos de fondo que, excepcionalmente, sí se ocupan del liberalismo directamente.

Las referencias y citas de los artículos encontrados se pueden agrupar por motivaciones o temas de caracterización. Se verá que tienen en común la tensión latente que supone para muchos autores el verse obligados a dialogar y a abrirse a otras realidades ajenas a la española, que juzgarán como peligrosas para salvaguardar los valores nacidos tras la guerra civil, máxime cuando a Europa o a América se las ve como sinónimos de la modernidad liberal, y a la Iglesia Católica se la compara con un bastión permanentemente atacado por sus enemigos librepensadores.

Tras sistematizar todos los resultados, se agruparon según los temas de su caracterización, hallando factor común. De este modo fue posible crear al menos cinco grandes grupos de prejuicios en los que agrupar las críticas, al que se ha añadido un

sexto sui generis con los artículos que de manera monográfica tienen al liberalismo como tema de fondo.

El orden de esta lista es indiferente y no prevalece ninguno sobre otro ni cualitativa ni cuantitativamente:

- 1) El liberalismo como mal moral.
- 2) El liberalismo como hecho del pasado.
- 3) El liberalismo como fuente de valores erróneos.
- 4) El liberalismo como estrategia taimada de control político y social.
- 5) El liberalismo, sus socios, su expansión y sus repercusiones.

6) Cuatro artículos de fondo sobre el liberalismo: “¿Qué es liberalismo?”; “Introducción a la significación de García Morente en la cultura española contemporánea española”; “José Antonio y el problema económico de España”; “Catolicismo y liberalismo en torno al trabajo”.

A continuación se procede a mostrar las referencias en forma de listado. Si bien la lectura puede resultar más pesada creo que de esta manera queda más patente el carácter asistemático de estas referencias, que solo tienen sentido cuando el hecho de agruparlas en clases les da unidad suficiente. Estas cinco categorías constituyen en sí mismas un resumen del argumentario del tradicionalismo dentro del franquismo. Sin embargo, cada una de estas referencias individuales no hay que considerarlas conectadas a ningún hecho puntual de esa década, sino como partes de un todo ideológico. De hecho, la conexión con el día a día de la política española habría que buscarla no tanto en estos ataques puntuales, integrados en artículos cuyo tema principal es otro, sino más bien en los reportajes de exaltación a Franco, al 18 de julio, o a las efemérides culturales teñidas de intencionalidad ideológica, como por ejemplo el aniversario de la muerte de García Morente⁴², pero cuyo estudio se sale de los límites impuestos a este trabajo.

⁴² El número 32, del 11 de abril de 1953, fue un número especial dedicado exclusivamente a García Morente, en teoría por el décimo aniversario de su muerte que, en realidad, hubiera correspondido a diciembre de 1952.

Se ha procurado contextualizar e identificar a los autores de las referencias citadas siempre que ha sido posible y conveniente, pero *Ateneo* no siempre publicaba a autores que en ese momento o en los años posteriores tuvieron una significación social o política relevante, hecho del que Pérez Embid estaba especialmente orgulloso, ya que presuntamente eso suponía dar voz a los lectores.

4.1 El liberalismo como mal moral.

La caracterización del liberalismo como mal moral tiene muchas implicaciones y nace de la proyección de la cosmovisión religiosa en la política. En el trasfondo lógicamente está la confesionalidad católica del tradicionalismo y es en esa clave cómo hay que interpretar estas referencias.

El liberalismo es un mal y por tanto, como el pecado o la enfermedad, se expande contaminándolo todo, destruyendo lo que es noble y ético, imponiendo unos valores que apenas cabe calificar de humanos, capaces de llevar a los países al desastre, alejándolos de Dios mediante desviaciones de la naturaleza humana. El liberalismo es antiespañol porque siente predilección por lo europeo, pero es también anticatólico por ser librepensador. Ambos calificativos juntos son la esencia del antagonismo con el régimen franquista.

Destacamos las siguientes citas (se hace referencia al número de la revista y su mes de publicación):

1. Nº 3, de marzo de 1952: A propósito de la situación política de Argentina y según R.B.C. (autor no identificado) los valores liberales son “gérmenes intelectuales” que “pueden contagiar a unas masas”.

2. Nº 7, de abril de 1952: según García Escudero⁴³ en “El alejamiento de Dios de España”: “España con el liberalismo se vio abocada a la catástrofe”.

3. Nº 13, de julio de 1952: García Escudero, en una reseña a un número de la revista “O crece o muere”, también fundada por Florentino Pérez Embid, afirma: “Austria nos recuerda que su derrumbamiento se debió tanto a los ataques del

⁴³ José María García Escudero fue periodista y Director General de Cinematografía en el momento de la fundación de *Ateneo* y en la década posterior.

liberalismo y del bolchevismo como a que los católicos austríacos y del mundo no respondieron como debían.”

4. Nº 16, de agosto de 1952: Rafael Gamba, profesor de filosofía de ideología carlista, en un artículo titulado “Los ideales del mañana”, sostiene que: “El Constitucionalismo liberal constituyó la más acabada labor contra natura que ha realizado el hombre en su historia”.

5. Nº 20, de octubre de 1952: en el editorial correspondiente a ese número (presumiblemente escrito por Pérez Embid) y titulado “Camino de la cultura” y dedicado al papel que jugó el Ateneo en la vida cultural española, describe así su función en el pasado: “Se fundó el Ateneo para poner la cultura al servicio de las ideas liberales antiespañolas y anticatólicas. Fue (*sic*), pues, un instrumento al servicio del mal”.

6. Nº 32, de abril de 1953: de nuevo Rafael Gamba, a propósito de “La crisis filosófica de García Morente”, escribe: “La intención profundamente anticristiana y antiespañola de la postura europeizadora liberal”.

7. Nº 61, de julio de 1954: Ignacio Hernando de Larramendi, empresario y referencia del tradicionalismo carlista, escribe “¿Religión de ricos?”, una crítica al elitismo católico, pero cuya culpa recae sobre el liberalismo: “Una desviación de la conciencia de los católicos, que se inició con el liberalismo, la burguesía y el derechismo”.

8. Nº 67, de octubre de 1954: Manuel Alonso García⁴⁴, hablando de “El espíritu de los católicos y la hora presente”, es taxativo acerca de los efectos del liberalismo: “Todo se salva con la concepción cristiana del mundo y de la existencia, porque todo se ha roto con las experiencias de un pasado tejido sucesivamente de liberalismo y socialismo”.

4.2 El liberalismo como hecho del pasado.

El liberalismo ya ha pasado. Es el ayer, no puede ser el hoy ni será el mañana. Es un elemento caduco que atrajo su propia perdición. El Movimiento nacido el 18 de

⁴⁴ Manuel Alonso García, abogado, trabajó en el Ministerio de Educación y Ciencia antes de ganar la cátedra de Derecho del Trabajo en la Universidad de Barcelona en 1958.

julio es el presente y será el futuro y la esperanza. La oligarquía, el sistema de partidos, el turno propio de la Restauración se han ido para no volver.

La revista muestra estas ideas de las siguientes maneras:

1. Nº 10, de junio 1952: Rafael Monte Acosta propone una nueva “Política cultural para los pueblos de España”, donde contrapone una cultura elitista (liberal) frente a la cultura popular. La primera es la propia del siglo anterior y de principios del XX, “el último siglo del siglo liberal”.

2. Nº 11, de junio de 1952: García Escudero hace una “Crítica de la Restauración liberal”, en la que justifica el estado de cosas y la guerra misma enraizando la decadencia de España con el auge del liberalismo. Para él, las causas y consecuencias son las siguientes: la Restauración fue un “Régimen a punto de ser superado por las realidades sindicales”, es decir, por el abuso hacia los obreros. Además, “fracasó el liberalismo en España por la artificiosidad de la delgada loncha liberal en que se fundaba, que cada día era más transparente”, es decir, era el liberalismo ideológicamente débil. El siglo prosigue con “la alianza antinatural entre la revolución y la Monarquía liberal”. Y tiene como consecuencia que “la experiencia de este fracaso era lo único que llevaba consigo la España hambrienta y miserable que el 1 de abril de 1939 recibía al Ejército nacional”. Es decir, que la guerra la causó la miseria provocada por el régimen social de libertades.

3. Nº 13, de julio de 1952: Florentino Pérez Embid teje unos recuerdos almibarados del día del golpe de Estado en “Mi 18 de julio”, donde reparte culpas y pone fin a una era: “la España descristianizada de Giner de los Ríos, la España a medias tintas de la Restauración liberal, la del catolicismo pastelero y la republicana del Frente Popular, estaban definitivamente fuera de combate”.

4. Nº 24, de diciembre de 1952: Rafael Monte Acosta publica la reseña al libro “Teoría de la Restauración”, de Rafael Calvo Serer, la auténtica guía doctrinal de lo que supondría el proyecto político de la monarquía católica que se instauraría después de Franco: “Caducado el liberalismo —que Calvo Serer repudia y critica con violencia en lo cultural— todo intento de restañar sin más el esquema de la sociedad liberal-capitalista de la burguesía, o cualquiera de sus instituciones políticas, concretamente la Monarquía liberal, sería gastar pólvora en salvas. En España, el Movimiento político

nacional nacido de la guerra impulsa precisamente eso: la superación de los conceptos políticos de la época liberal.”

5. Nº 37, de julio de 1953: Juan de Rigoitia, en “98 y Tradicionalismo” llama al siglo XIX “siglo liberal desintegrador”.

6. Nº 45, de noviembre de 1953: Pérez Embid prologa su propio libro recopilatorio de artículos de prensa “Ambiciones españolas”, donde se insiste en el mismo mensaje: “Con nosotros llega una posibilidad nueva y el hecho cierto de que a nuestras espaldas la Historia de España ha dado por concluso el siglo liberal.” Como consecuencia es necesario pasar página: “De ahí que rechace en primer lugar toda veleidad posible de retorno al que hoy resulta reaccionario planteamiento liberal.” El nuevo régimen y el futuro darán por “superada en la evolución cultural española la época de inseguridad y de marasmo (1909-1936) con que termina la vigencia histórica de las tesis liberales”.

7. Nº 46, noviembre de 1953: de nuevo Pérez Embid insiste en el fin de una época que vio cómo desaparecieron el liberalismo y los totalitarismos (entre los que no incluye ni al falangismo ni al franquismo) con motivo de la celebración del Congreso Nacional de Falange, en su artículo “De la serena unidad”: “caducado el sistema político democrático-liberal, hundidos los totalitarismos”. En un quiebro retórico considera el régimen franquista como producto final de una síntesis histórica en proceso dialéctico: “Bajo el signo evidente de la superación dialéctica de los sistemas liberales”.

8. En el mismo nº 46: dedicado en una buena parte al Congreso de Falange, el falangista y ministro José Antonio Girón, en su artículo “Onésimo, en Castilla”, no ve al falangismo como una tercera fuerza en discordia entre el franquismo conservador y la izquierda⁴⁵, sino como un modo de entender la vida, a diferencia del resto de ideologías del pasado: “Si al liberalismo, con 150 años de existencia, y si al comunismo, con cerca de 40, se les sigue considerando con capacidad creadora y de renovación, el falangismo que más que un programa concreto, y como tal, perecedero, es una actitud y entendimiento de la vida”.

⁴⁵ Álvaro DE DIEGO GONZÁLEZ, “Los falangistas «liberales»: del totalitarismo «comprensivo» al aperturismo tardofranquista”, en Antonio Cañellas, *Conservadores y tradicionalistas en la España del siglo XX*, Gijón, Trea, 2013, pp. 193-226.

9. También colabora en ese mismo número el historiador y conspicuo miembro del Opus Dei, Vicente Rodríguez Casado, que cuatro años después sustituiría a Pérez Embid como Director General de Información. En “Sociedad burguesa, problema social” lleva a cabo un sorprendente análisis de lo que significó el liberalismo: “Políticamente, la etapa de la oligarquía liberal, o del liberalismo oligárquico [...] quebró el equilibrio establecido en la época de Austrias y Borbones entre la Sociedad y el Estado, entre el Poder político y la Libertad”. El liberalismo trajo además otra consecuencia que, a decir de Rodríguez Casado, era censurable y que el franquismo se encargó de cambiar: “El Estado español, tan liberal, tan abstracto, tan racional, era esclavo de la sociedad, su siervo humilde y obediente”.

10. Para José Luis Arrese, ministro Secretario General del Movimiento, recordar a José Antonio Primo de Rivera en el artículo “Gozo, recuerdo y meditación”, también recogido en el mismo nº 46, supone reconocer en el régimen de su tiempo la conciliación de aspectos que el liberalismo dejó a su albur: “Él quiso una España limpia que mantuviera en lo alto su mirada la triple bandera espiritual, nacional y social; esos tres conceptos que son clave de un mundo en orden y que el liberalismo nos acostumbró a dejar al viento de los partidos políticos”.

11. La última de las citas de este número corresponde al entonces secretario del Ateneo, Santiago Galindo Herrero, falangista, tradicionalista y también miembro del Opus Dei, quien en “Sigue en pie el imperativo de la unidad” afirma: “La realidad es que el liberalismo parlamentario, atomizando el Poder en grupos y partidos políticos; la República, sembrando de cantonalismos el país, y el ateísmo, destruyendo su conciencia religiosa, nos llevaron a la catástrofe del 98”.

12. Nº especial 73-76, de enero de 1955: Rafael Gamba escribe un curioso artículo en el que ataca al género ensayístico. Para Gamba, el ensayo es un género frívolo, sin valor intelectual, que se presta a afirmaciones vagas y perniciosas. Su origen, como no podía ser de otra manera, es también el caduco pensamiento liberal: “El ensayismo es el mundo de la burguesía liberal, un mundo sin fe, pero profundamente aferrado a sus hábitos, un mundo crítico y esteticista que ha pasado ya”. A este respecto y coincidiendo con la postura y prejuicio de Gamba, es

interesante la mención que hace González Cuevas⁴⁶ a la crítica del padre dominico Venancio Carro a la obra de Ortega en 1928, tildando a este de “ensayista” y no de verdadero filósofo, asimilando por tanto el medio y el contenido.

4.3 El liberalismo como fuente de valores erróneos.

En los apartados anteriores ya se dejó patente que para Ateneo el liberalismo es un mal en sí mismo. El liberalismo posee unos valores incompatibles con la humanidad y, si acaso alguno es aprovechable, siempre lo será matizadamente.

Veamos a continuación algunas citas:

1. Nº 28, de febrero de 1953: el primer catedrático de Derecho de la Información que hubo en España, José María Desantes Guanter, en un breve artículo sobre la ciudad de Valencia, nos advierte: “Oír hablar de individualismo despierta en mucha gente la idea liberal. Pero no hay que hacer aspavientos inútiles. Existe un individualismo sano.”

2. Nº 31, de marzo de 1953: Salvador Pons, que en la década siguiente sería el encargado de sacar adelante la Segunda Cadena de TVE, en un encendido artículo sobre “España, tradición y presente” alerta sobre los efectos del liberalismo: “Esta es la interpretación individualista y subjetiva de la tradición; es la concepción burguesa que tan sutilmente ha infiltrado el liberalismo en la sociedad.”

3. Nº 38, de julio de 1953: de nuevo Desantes Guanter, en un artículo donde hace profesión de fe política, “¿Admite interpretaciones el 18 de julio?”, advierte contra la falsedad de algunas posturas de lo que considera nuevos liberales: “actitud neoliberal (*sic*) es la de los oportunistas. Los principios no importan cuando el éxito se consigue.” Para luego afirmar con rotundidad: “Sólo se busca el triunfo, y en su búsqueda, tanto importa profesar el monopolio de las conciencias políticas si soplan vientos totalitarios, cuanto mantener la académica postura aterciopelada de un liberalismo doctrinario que «comprende» todos los motivos, hasta los del incrédulo y los del marxista.”

⁴⁶ Pedro C. GONZÁLEZ CUEVAS, “Ortega y Gasset ante las derechas españolas”, *Revista de Estudios Políticos*, Núm. 133, julio-septiembre, 2006, pp. 59-116.

4. Nº 46, de noviembre de 1953: Rodríguez Casado en su ya citado artículo “Sociedad burguesa, problema social”, no concede crédito alguno a la sinceridad del pueblo español cuando apoyó las causas liberales o progresistas: “El pueblo luchará [...] defendiendo unos mitos plenamente burgueses, los de los revolucionarios liberales, progresistas, republicanos o cantonalistas, pero sin adquirir ni defender ideales propios.”

5. Nº 50, de enero de 1954: José María García Escudero, en “Sobre el catolicismo español, la nación y el Estado” considera que la tolerancia es un valor débil, propio de la gente sin convicciones: “Si creemos que poseemos la verdad, «tenemos que ser» intolerantes; y si el liberalismo no está seguro de la verdad, no puede ser más que tolerante”.

6. Nº 53, de enero de 1954: Juan Sampelayo en su reseña al libro “Ensayo sobre la personalidad española” de Enrique Ruiz García, combate el siguiente tópico: “Respecto a lo que se llama en general cultura moderna, con su carga ideológica de resonancias protestantes, liberales, secularizantes, etc., y con su positivo acompañamiento de técnicas y comforts (*sic*), se ha dicho casi siempre que España estuvo ausente.”

7. Nº 60, de junio de 1954: Manuel Lizcano, en su “Atalaya sobre el mundo ibérico”, insiste en el carácter anticristiano del liberalismo, aprovechando además para situarlo al lado del marxismo, ejercicio retórico muy utilizado para el descrédito ideológico: “Mucho más fácil es atrincherarse en las cómodas posiciones de la reacción, laicista y anticristiana de cuño liberal, o en sus posiciones gemelas de cuño marxista.”

8. Nº 61, de julio de 1954: el carlista Hernando de Larramendi, en su ya citada colaboración “¿Religión de ricos?” considera el liberalismo como el destructor de la vida social a través de la burguesía: “La burguesía, fenómeno liberal, ha hecho perder su contenido a todas las manifestaciones de la vida social, pero conservando gran parte de su forma externa.”

9. Nº especial 73-76, de enero de 1955, Ismael Medina escribe sobre “Europa y la nueva expansión asiática”. Paradójicamente, en un régimen que se autoproclama nacionalista, el liberalismo es también el culpable de los fenómenos nacionalistas

contemporáneos: “Las más grandes diferencias de hoy se ponen de manifiesto entre los pueblos europeos son artificiosas creaciones del exagerado y enfermizo nacionalismo a que nos ha hecho abocar el liberalismo.”

10. En el mismo número especial, un joven Gabriel Elorriaga, militante del SEU por entonces y que luego se pasaría a las filas del liberalismo, llegando a fundar el Partido Reformista Democrático en la Transición, da voz a la juventud de esos años con una relevante pregunta: “¿Ha pensado alguien en que la juventud no cree en el liberalismo, pero cree en la libertad; que no es patriotería, pero sabe amar a España por el camino de la crítica, que no es comunista, pero está convencida de la radical injusticia del capitalismo como orden económico?”

11. Nº 81, de abril de 1955: Jorge Vigón, en una de sus escasas colaboraciones en la segunda época de la revista hace balance político en “El nivel del tiempo”: “Quedan hombres y pueblos aferrados a unos principios que aún tienen para ellos categoría de valores eternos: el liberalismo, la democracia, la igualdad, los derechos del hombre. Se diría que, pese a su contenido explosivo, estos seudovalores (*sic*) marcan el nivel de nuestra hora.”

12. En ese mismo número, Manuel Lizcano en su revista de prensa europea ataca al personalismo, o sea, la corriente filosófica que nace con el pensador francés Emmanuel Mounier y que otros como Gabriel Marcel continuaron tras la guerra, incluyendo en cierto modo a Jacques Maritain. El personalismo, como se sabe, apoya una abierta reconciliación entre el socialismo y el cristianismo, dando lugar habitualmente al comunitarismo. Lizcano concluye taxativamente que “el «personalismo» que proclaman los partidos cristianos europeos no se diferencia gran cosa de los postulados generalmente admitidos por el humanismo laicista y por las declaraciones democráticas tradicionales de origen liberal.”

13. Nº 86, de agosto de 1955: el famoso pedagogo Adolfo Maíllo escribe un artículo en el que reflexiona sobre el papel de la excelencia de la persona dentro de la comunidad, pero no tomando cada individuo como “genio”, sino en virtud de su actitud de “deber” hacia los demás. Es la oposición entre el egoísmo y el servicio: “La realidad doble del estar en un lugar determinado del tiempo y del espacio, y del estar en ese

lugar con otros cuya vida y mejoramiento constituye uno de nuestros cuidados, frente al individualismo liberal, que sólo atendía a satisfacer las veleidades del egoísmo.”

14. Nº 87, de septiembre de 1955: Fernando Ruiz Coca, músico responsable del Aula de Música del Ateneo e impulsor de muchos compositores españoles, en “La música en la sociedad aquí y ahora”, se distancia del liberalismo apelando a su falta de valores: “Hoy tocamos de lleno las consecuencias de los largos años de educación liberal, puramente informativa, indiferente a los valores.”

4.4 El liberalismo como estrategia taimada de control político y social.

Otro aspecto de la caracterización del liberalismo es el referido a la estrategia política para llegar al poder. Según *Ateneo*, el liberalismo se ha servido de estrategias conspiradoras, de hipocresía política o de asuntos poco claros con tal de llegar al poder. Cabe recordar aquí lo que se dijo arriba sobre cómo el liberalismo sirvió de caldo de cultivo para la expansión masónica. Como el liberal es una persona sin valores y relativista, resulta acomodaticio, camaleónico, e incluso confuso y vago en sus posicionamientos, y por tanto, semejante falta de convicción da lugar a ideologías de todo tipo, incluso aquellas que en teoría le resultarían opuestas.

En este sentido recojo las siguientes citas significativas:

1. Nº 7, de abril de 1952: El historiador y futuro sacerdote del Opus Dei, Federico Suárez, en el artículo ya citado sobre las diferencias entre liberales españoles doceañistas y afrancesados, concluye que su “triumfo fue fruto de la tenacidad, de la capacidad de adaptación, de saber proporcionar a las ideas una envoltura agradable.”

2. Nº 13, de julio de 1952: La reseña del libro de Franco con el pseudónimo J. Boor “Masonería”, firmada por F.R. (no identificado), da la razón al autor cuando afirma que la masonería fue en realidad el “vehículo de las revoluciones liberales”.

3. Nº 48, de diciembre de 1953: Tomás Borrás, autor de unos “Recuerdos de navidades de antes de la guerra” describe la expansión de la izquierda en estos términos: “El asesino de Calvo Sotelo introducía la toxina de la separación en Galicia. Separatismo en Valencia; a la greña los descendientes de los republicanos sorianistas y blasquistas, fulanismo liberal.” Nótese aquí el calificativo “fulanismo”, semánticamente tan cerca de aquel “pasteleo” que despreciaba Pérez Embid.

4. Nº 57, de mayo de 1954: En el apartado de reseñas de revistas extranjeras, la redacción afirma: “Encontramos en el trabajo del profesor Biscaretti ese defecto común a los tratadistas jurídicos y hombres de pensamiento liberales, que consiste en confundir las líneas esenciales de la organización democrática de la convivencia social con el esquema concreto del régimen liberal y capitalista.”

5. Nº 62, de agosto de 1954: El diplomático y escritor asturiano Julián Ayesta describe en “Sobre lo asturiano” la expansión del liberalismo, que tuvo como resultado el anarquismo y el socialismo: “Muerta prematuramente la posibilidad de un tradicionalismo aceptable, Asturias acepta el liberalismo. [...]un liberalismo muy especial, [...] en tono menor, pero muy efectivo y sincero, [...] en lo que el liberalismo tenía de antiaristocrático y demoledor de privilegios. Pero no era liberal, en lo que el liberalismo tiene de fórmula abstracta como concepción racionalista de la vida política. El resultado fue un liberalismo a la inglesa, [...] Porque así como en Castilla [...] el liberalismo no tuvo una vida «normal», [...] en Asturias, [...] sí lo tuvo. Por eso el socialismo o el sindicalismo ácrata entraron en Asturias de una manera que pudiéramos llamar natural en el occidente de Europa, cosa que no ocurrió en la mayor parte de las regiones españolas.”

6. Nº especial 73-76, de enero de 1955: En este número, ya varias veces nombrado, Antonio Castro Villacañas⁴⁷ acusa a los liberales de ser una especie de «tontos útiles» de los discípulos de Giner: “Quiere esto decir que ni el socialismo ni la Institución Libre de Enseñanza, por ejemplo, hubieran alcanzado tanto influjo en los sectores que dirigieron, si como contrincantes no hubieran tenido la actitud inconsciente o simplemente boba de los conservadores y liberales. (Salvemos, por justicia, la figura de Menéndez Pelayo, único ejemplo de integridad nacional en el campo de la cultura).”

7. Nº 88, de septiembre de 1955: El antiguo requeté Juan Durán Valdés explica la doble cara del liberalismo, que prometiendo una cosa hace la contraria en un contexto donde queda bien patente la diferencia entre el concepto de soberanía del carlismo frente al del liberalismo: “La perniciosa idea de soberanía ha cumplido ya sus fines. En un primer escalón fué (*sic*) una idea absoluta, objetivación del soberano, en la

⁴⁷ Antonio Castro Villacañas, profesor de Derecho Administrativo en la Universidad Complutense, era falangista y mando nacional del SEU.

que pronto sobró éste como persona física, paliándose su omnipotencia al intentar dividirla en su actuación según distintos «poderes»; un segundo escalón para su desarrollo lo supuso paradójicamente el liberalismo, que manifestando querer proteger al individuo en el libre desarrollo de su voluntad, rompió todas las ligaduras que suponían las llamadas entidades infrasoberanas, sin pensar en que tales ligaduras no les sujetaban como la cadena al esclavo, sino como la cuerda al alpinista, para impedirle caer, y así salvar su vida, rotura que dejó al individuo inerme frente a un Estado que, si por su contextura liberal tenía un campo de acción enormemente limitado, por su pareja contextura democrática tenía ya en germen la posibilidad de crecer desmesuradamente. Este tercer escalón de la democracia, con su mito de la voluntad general, santificó no la voluntad del conjunto numérico de los más, y abrió para los pueblos la posibilidad de desdecirse históricamente.”

4.5 El liberalismo, sus socios, su expansión y sus repercusiones.

La implantación de las políticas progresistas, liberales o demócratas trae como consecuencia inevitable que los liberales se alíen con extraños socios, desde los masones a los comunistas, y que el liberalismo sea comparable a su “hermano gemelo”, el marxismo. Por otro lado, las instituciones internacionales amparan y exaltan a aquellos que simpatizan con los valores democráticos, dejando de lado a otros con otros valores, a entender de la revista *Ateneo*, superiores a aquéllos.

Entresaco las siguientes citas que ilustran esta actitud:

1. Nº 13, de julio de 1952: Jorge Vigón, en “Mi 18 de julio”, utiliza una cita de Marañón, sin datos ni contexto, para demostrar que el liberalismo fue el paso previo al socialismo: “El liberal español, lo mismo que sus coetáneos liberales europeos, protegía con su liberalismo una actitud profundamente antiliberal, y solo porque esta actitud aparecía teñida de rojo”.

2. Nº 40, de agosto de 1953: La periodista Pilar Narvión, miembro de la redacción de *Ateneo*, defiende la creación de un premio nacional “Cervantes” que reconozca la labor de los escritores hispanos. Su artículo lo titula expresamente así: “El Nobel no es universal. Debe crearse el Gran Premio hispánico Cervantes”. La razón es ideológica: “Los premiados [del Nobel] están dentro de la línea de las ideas liberales y progresistas”.

3. Nº 53, de marzo de 1954: Juan Sampelayo es autor de la “Entrevista a Comín Colomer a raíz de los 6.500 libros y 15.600 folletos de su biblioteca política”. Entre los volúmenes del policia se encuentran biografías y estudios de “Regicidas y magnicidas, tradicionalistas y liberalazos, masones desde 1774 hasta el último rey de Inglaterra.”

4. Nº 54, de marzo de 1954: En una sección compuesta por los redactores de la revista se incluyen extractos de revistas de pensamiento. En este caso se subraya en la nula influencia de liberales y progresistas en el pensamiento político occidental. La cita está tomada de un número del que no se especifica autoría ni página de *Acción Española* de 1931: “No hay un liberal español que haya enriquecido la literatura del liberalismo con una idea cuyo valor reconozcan los liberales extranjeros, ni un socialista [...]. Ello es porque en otros países han surgido el liberalismo y la revolución por medio de sus faltas, o para castigo de sus pecados. En España eran innecesarios. Lo que nos hacía falta era desarrollar, adaptar y aplicar los principios morales de nuestros teólogos juristas a las mudanzas de los tiempos.”

5. Nº 58, de mayo de 1954: En el repaso de noticias extranjeras, la redacción se ocupa de la realidad iberoamericana, donde se abrazan el marxismo y el liberalismo gracias a que ambos detestan al catolicismo: “La infiltración del marxismo en los puntos estratégicos de la sociedad iberoamericana es un peligro patente. El laicismo liberal tiene que dejar sitio [...] a nuevas fuerzas [...] que venga a ocuparlas aquellas tendencias que en lo esencial coincidan con el ídolo caído [...] el rechazo social del cristianismo.”

6. Nº 59, de junio de 1954: En esta ocasión es Manuel Lizcano quien hace un repaso a las revistas extranjeras. Su reflexión sobre la situación en la Unión Soviética le hace poner del mismo lado al liberalismo y al comunismo: “Sobre la realidad colectiva de una humanidad depurada del materialismo liberal y capitalista y de su réplica totalitaria y oriental, será posible a los cristianos de hoy, si trabajamos sincera y tenazmente, dejar asentados los cimientos sanos de otra sociedad futura.”

7. Nº especial 73-76, de enero de 1955: Antonio Castro Villacañas, con un estilo bronco, se encarga de hacer que los liberales y la oligarquía se den la mano: “Liberalismo y minoría privilegiada unieron entonces sus alegrías en la francachela

desconsoladora que es nuestro siglo XIX, del que muy pocos nombre pueden ser recordados, aunque otra cosa sugiera el callejero de Madrid.”

4.6 Cuatro artículos de fondo sobre el liberalismo.

Como se ha visto hasta ahora, lo habitual es que las referencias al liberalismo de los distintos colaboradores se limiten a unos párrafos, a alguna idea que, si bien es importante, normalmente no es la idea principal del texto. El ataque sutil predomina sobre el mal estilo o la burla, la referencia indirecta sobre el ataque descarnado y directo. En este epígrafe comentaré brevemente los ejes ideológicos de cuatro artículos que sí tienen que ver directamente con el liberalismo y la democracia, y que recogen valoraciones sobre la idea de Europa, la cultura española, la economía y el trabajo.

4.6.1. “¿Qué es liberalismo?”

El artículo lo publica Rafael Gamba, quien, recordamos, fue profesor de filosofía, carlista e integrista religioso, para el nº 26, de enero de 1953.

La argumentación fundamental del artículo gira en torno a una conferencia que había dictado un joven Ortega y Gasset en Bilbao, titulada “La pedagogía social como programa político”, cuyo tema central había sido la defensa de la idea de Europa.

Para Gamba el liberalismo responde a la pregunta sobre los límites del poder, pero es incapaz de responder a la cuestión de los orígenes de tal poder. Su naturaleza, en realidad, es de carácter religioso: “el liberalismo afirma la sociedad como coexistencia neutra de grupos o individuos en la que teorías y creencias religiosas son asunto meramente privado. De aquí que el liberalismo sea, correlativa y negativamente, una tesis del orden religioso-político, y en este sentido Sardà y Salvany tituló un libro: «El liberalismo es pecado»”.

Consecuentemente, Gamba traslada el tema al ámbito de la religión, que es uno con el ámbito político.

Gamba acierta al identificar Europa y el europeísmo de los demócratas españoles con la sociedad laica, moderna, igualitaria, sin distinción de clases sociales ni creencias religiosas. No obstante, su conclusión es que la “cultura laica es la actitud

esteticista, estrictamente liberal, que se opone al trascendentalismo de la actitud religiosa ante la vida. Europa es el orden conveniente, neutro, de grupos heterogéneos que sustituyó a la unidad estructural de la cristiandad.”

Por tanto, la europeización de España significa para Gamba “rendirnos pacíficamente, después de dos siglos y medio, a cuanto combatimos en las guerras de religión, a cuanto ha encendido la lucha civil y el espíritu de cruzada de un siglo a esta parte. Con otras palabras, renunciar a nuestra fe, liquidar nuestra cultura e incorporarnos al ambiente, políticamente laico, de la Europa moderna”. Esta es para el autor la peor de las alternativas de futuro.

4.6.2. “Introducción a la significación de García Morente en la cultura contemporánea española”

Con este largo título, extraño en el contexto de una publicación periódica y divulgativa, aparece en el nº 32, correspondiente a abril de 1953, este artículo de Florentino Pérez Embid, en el que resume la vida de García Morente y lo presenta como modelo a seguir en la intelectualidad española, de tal forma que “viene a simbolizar en alto grado el desplazamiento del centro de gravedad de la vida cultural de España”.

Para Pérez Embid “la conversión de Morente, culturalmente considerada, es en su más hondo y radical significado, un reencuentro del fundamento y savia cristianos de la historia española y un corte radical —un abandono pleno— de toda convivencia o complicidad con cualesquiera empeños, decididos o tibios, de montar el aparato de una cultura española cristiana”.

Esa cultura no es otra más que la propia de la Europa “de la modernidad”. De hecho, en tiempos de la República esa cultura estaba a punto de entrar en España, pero “cuando eso está a punto de ocurrir, el marxismo aniquila de un manotazo la vigencia social de la República de profesores, y por otra parte, la guerra convierte a aquellos intelectuales en la «España peregrina». La vida cultural española se orienta otra vez hacia el pensamiento cristiano.”

Esta idea de abandono del librepensamiento y vuelta a la cultura confesional es lo que encarna Morente y lo que admira Pérez Embid: “Morente vio la verdad y cambió. No se empeñó más en un imposible histórico.”

4.6.3. “José Antonio y el problema económico de España”

En el nº 69, de noviembre de 1954, Antonio Valdés Argüelles, autor del que no se han obtenido más referencias, analiza con este artículo la situación económica de España poniéndola en perspectiva histórica. Es un artículo equilibrado, técnico, con dosis de objetividad y con concesiones al discurso falangista, pero que pone el dedo en la llaga de un problema real de la estructura económica de España, más allá de las políticas liberales del XIX, a saber, que los agentes económicos siguieran deseando la protección del Estado en vez de intentar valerse por sí mismos. Para el autor, “en el fondo, librecambistas y proteccionistas eran consumados liberales y todas sus medidas, en definitiva, actuaban en un trasfondo de confianza ilimitada en la empresa particular y una exigida cautela a los límites de la acción del Estado”.

Sin embargo, aunque el trasfondo fuera liberal, económicamente lo que llama el “desviacionismo de los partidos de derecha” buscaba conservar los privilegios que otorga el éxito del capitalismo: “tres formas ha consagrado nuestro capitalismo como características: la creación de consorcios o, trusts, comités, consejos o juntas que nacen y actúan con el fin de salvaguardar precios y márgenes de beneficio; las centrales de compra o venta, o finalmente, la posición de hecho de una empresa dominante de las demás.”

Este análisis certero de la realidad lleva al autor también a definir el “desviacionismo de los partidos de izquierda”, es decir, la tendencia a exigir violentamente la distribución de beneficios y la desaparición de estos privilegios.

Es en el análisis de las causas donde la influencia falangista resulta más evidente. El fracaso económico español radica en dos presupuestos: “no haber elegido nuestros sindicatos el medio idóneo de acción política y el poder monopolizador del capitalismo español”.

Este análisis templado, técnico, es excepcional en el tono habitual de la revista y aunque se cierra el artículo con una loa un tanto cursi a José Antonio, la figura de este parece no ser más que una excusa para un discurso económico bien elaborado y en muchas ocasiones certero.

4.6.4. “Catolicismo y liberalismo en torno al trabajo”.

Se ha citado en numerosas ocasiones el número especial de enero de 1955, que comprende los números 73 al 76. Además de los artículos y citas ya comentados, hay que destacar muy por encima de muchos otros el escrito por el catedrático de Derecho del Trabajo Manuel Alonso Olea. El artículo, a pesar de lo que anuncia el título no es una comparación entre ambos sistemas de ideas, o una crítica a medidas concretas que estén a debate, sino un ataque ideológico que suma prácticamente todas las descalificaciones que he ido mostrando en secciones precedentes. El tema de fondo es una defensa de la doctrina social católica frente a las nuevas ideas que provienen incluso desde dentro de la iglesia. A este respecto cabe pensar que es una respuesta a la actitud de «mano tendida» del catolicismo más aperturista del sector cercano a Ruiz-Giménez.

Sea como fuere, Alonso Olea considera esas propuestas novedosas como nacidas en el seno del liberalismo, para lo que intenta una reducción al absurdo con el fin de desacreditar su valor: la simplificación pasa por reducir el trabajo a la esclavitud, a la explotación y al egoísmo.

Ya en el segundo párrafo Alonso Olea deja claro que: “en cuanto a sus principios y a sus fundamentos, un católico no puede afirmar, respecto del liberalismo, sino que es constitutivamente inmoral”. Lógicamente, a partir de aquí no se puede esperar ninguna posibilidad de diálogo sino solo más bien de condena.

Seguidamente cita documentos del magisterio de la iglesia católica y no da cuartel “a una doctrina, en fin, compendio y suma de esa triste forma de miseria humana que es el materialismo, paradójicamente (*sic*), se la conoce con el nombre de liberalismo”.

Utilizando la doble falacia que se ha visto en apartados anteriores de asimilar liberalismo y comunismo y además acusarles a ambos de contradicción entre los argumentos y los hechos, Alonso Olea renueva su condena: “En la inmensa mayoría de los casos el compañero de viaje del liberalismo, como el del comunismo, se caracteriza por su ingenuidad, cuando no por su estulticia: defiende cosas distintas de las que cree estar defendiendo y ataca bastiones diferentes de los que cree estar

asaltando: lucha por su propia esclavitud en nombre de la libertad y alza las banderas de esta contra la buena voluntad de quien quiere hacerle libre”.

Tras apelar a la confusión de ideas de la modernidad y apostar de nuevo por la doctrina social de los papas anteriores, Alonso advierte ante la presencia de liberales entre las filas del catolicismo: “Y que se ha llegado a una situación en la cual parece no sólo que el catolicismo es compatible con el liberalismo, la moralidad cristiana con la inmoralidad, sino, lo que es mucho más grave, que la defensa del catolicismo en lo económico-social puede y debe hacerse desde el liberalismo, confundiendo en forma realmente penosa liberalismo y capitalismo.”

Para Alonso Olea, la cuestión no es menor, ya que se está en peligro de condena eterna. Así cierra el artículo, tras afirmar que el liberalismo solo pretendía poner por encima el interés particular de unos pocos por encima de bien general: “ni mucho menos alistar en la reacción —que aquí es reacción anticatólica— espíritus progresivos y católicos; que no sólo se pone en juego el avance de la comunidad hacia Dios, sino las posibilidades de salvación individual”.

En definitiva, la visión del mundo del trabajo defendida por Manuel Alonso solo puede y debe ser la defendida por la doctrina social, sin concesión al diálogo.

5. Conclusiones.

La perspectiva del tiempo nos ha permitido ver que la revista *Ateneo* crecía y moría (casualmente en el mismo mes que falleció Ortega y Gasset) mientras amanecía una nueva hornada de poetas e intelectuales que marcaron el desarrollo de las letras españolas hasta fin de siglo. *Ateneo* no siempre vivió de espaldas a esa realidad y supo reconocer a alguno de ellos como Ana María Matute o Ignacio Aldecoa, además de darle espacio a Miguel Delibes, José Hierro, y otros. En el caso de Matute o Aldecoa no les sobraban loas a su obra y ocupaban espacios sobresalientes. Por ejemplo, Aldecoa recibe grandes elogios en el nº 58, de mayo de 1954, y coincide con Matute en el nº 69, de noviembre de 1954, con sendas entrevistas de cierto interés para el historiador de la literatura.

No obstante, la realidad cultural y literaria no estaba del lado del régimen franquista y *Ateneo* no pudo alcanzar su objetivo de tenerla bajo su control ideológico con la excusa de la unidad.

Tampoco convencieron los muchos tradicionalistas que colaboraban en la revista, ni impusieron finalmente a los españoles su desconfianza por un régimen parlamentario de corte liberal aunque intentaran que la monarquía fuera fiel a las motivaciones del golpe de Estado del 18 de julio.

La caracterización del liberalismo que he hecho no solo aporta luz sobre cómo se analizaba, mostraba y denostaba la realidad española anterior a la guerra civil desde una instancia oficial del gobierno, sino también sobre cuáles eran las esperanzas depositadas por el monarquismo autoritario en el nuevo régimen, cuáles eran sus valores y cuáles sus objetivos políticos. Todos esos ataques, disfrazados a veces de desesperadas defensas de la dictadura, reflejaban también el miedo a la modernidad, a Europa, a la integración internacional y al abandono de la autarquía por medio de la liberalización del comercio.

En *Ateneo*, como en la visión de la Falange que ofrecía Eugenio Montes en el Congreso Nacional de 1953 y cuyo discurso se recogía en el número 45, no se veía ese momento más que como una nueva era “posliberal” (*sic*), en la que se defendía una “pasión por la libertad” que se situaba muy lejos de aquella despreciada libertad de la “República de profesores” y que no sabían comprender más que como “la potencia de nuestra Patria, de la cual nos ha de venir un reflejo de poderío de cada español”.